



ALTER EGOS


ALVARO CASTILLO

(extracto: introducción,
prólogo,
epílogo)

ALTER EGOS

ALVARO CASTILLO

© Derechos de autor propiedad de los herederos de Álvaro Castillo.

© Portada diseñada por  Lola Sungai

sungailola@gmail.com

INDICE

Introducción

Prólogo

Epílogo

Enlaces

INTRODUCCION

Gonzalo Meirelles nació en Villa del Salto (República Oriental del Uruguay) en 1939 y murió en París en 2006. Nació el 15 de marzo y murió el 15 de octubre; tenía al morir 67 años. En vida, había publicado sólo tres libros, a saber:

*Un excusable poemario juvenil, **Las auroras sobre el río**, editado por la Casa del Libro de Villa del Salto.*

*Una colección de relatos breves, **Quince pasos**, que contiene 14 cuentos y una especie de biografía de alguien cuyo nombre no se cita y que, por todo título, tiene dos signos de interrogación, uno que abre y otro que cierra, sin nada entre ambos. El volumen contiene algunas pequeñas joyas literarias, como *El garañón*, *Un adiós*, *Freno de mano*, *Pura bambolla* y *Nostalgia barriobajera*.*

*Por último está su única novela, **La segunda mitad del verano**, que es, en mi modesta opinión, el único gran libro de la generación oriental del exilio —la gente nacida en los últimos 30 y a lo largo de los 40.*

***Quince pasos** se publicó en la editorial montevideana Sagitario, en 1971, y la novela en la bonaerense Utehsa, en 1972; se tiraron cinco mil ejemplares de esta última y nunca se reeditó.*

En su monografía sobre Literatura Oriental (Uruguaya) Contemporánea, publicada en Cuadernos Hispanoamericanos, de Madrid, en tres entregas, marzo, abril y mayo de 2007, la sagaz periodista y escritora oriental Nenúfar Yáñez me cita inclusive a mí, pero de Meirelles no dice una sola palabra. Este lamentable bache tiene una cierta explicación: la novela, que es lo que de verdad cuenta dentro de la escueta obra de GM, se publicó en Buenos Aires, se vendió poco y apenas si se fijaron en ella los críticos de ambas márgenes del Plata. Hay que tener en cuenta, además, que era una época dura, con los milicos día a día más prepotentes y el golpe de estado, que se verificó a mediados de 1973, ya entonces en el aire, como un hecho consumado por anticipado. Meirelles, para peor, vivía en París y, desde que se marchara de Montevideo, en 1971, nunca había vuelto —ni nunca ya volvería. Detestaba, por lo demás, que lo consideraran un exilado, con lo que eso implica, y sobre todo implicaba entonces, tras el golpe de Pinochet en Chile; un status especial frente a los simples inmigrantes, corridos del Cono Sur por falta de trabajo, no por dictamen de militares golpistas o de gobiernos dictatoriales; él mismo (Meirelles) se consideraba un emigrado, un inmigrante uruguayo en Europa. Trabajó en toda clase de trabajos, desde guía turístico hasta lavadero. Fue conductor de camiones y furgonetas, mecánico de motos de carrera, camarero y secretario del presidente de una gran empresa de productos químicos y farmacológicos. Per-

dió aquel bien remunerado cargo cuando su jefe, el ya citado presidente, tuvo que darse precipitadamente a la fuga de Francia y de la Comunidad Europea; desde entonces, este dudoso personaje vive apacible y opíparamente en una de las islas Granadinas. Meirelles, menos en burla que en veras, lo admiraba y envidiaba. 'No sé qué daría yo por estar en su lugar', me escribió una vez. Era un hombre más complejo que el común de los mortales, y aún de los artistas. No era, no obstante, ni hipersensible ni neurótico. De hecho no sufría de ninguno de los males y manías que acosan a los artistas. No sufría de manía persecutoria ni se sentía víctima de conjura ninguna. Tampoco era bisexual ni homosexual. Las mujeres le gustaban mucho, pero su congénita timidez le vedaba, muchas veces, lo que él llamaba 'el éxtasis de los ligues fáciles'. Le gustaban las mujeres fáciles, promiscuas, pero les tenía pánico a las enfermedades venéreas, sobre todo desde que el SIDA se desparramó por el mundo, a principios de los años ochenta. Escribió un cuento de una obscenidad pasmosa, que se titula Yo el condón, y cuya única copia, que se sepa, obra en mi poder.

Uno de los días más tristes de mi vida fue el de la muerte de Gonzalo Meirelles. Yo estaba en Madrid, y me enteré avanzada la madrugada, por una llamada de teléfono de una amiga de Gonzalo (y mía), que me ha pedido que no facilite su nombre. Muchos orientales, empero, me temo, sabrán de quien se trata tras sólo leer estas líneas, los (me temo) desgraciadamente pocos que las lean. No es mi culpa. Ruego por Gonzalo, misterioso y silencioso, a mis dioses. Amén.

A.C.

PROLOGO

¿Por qué existe este libro? ¿Por qué existen los libros? Esta última pregunta, que ya Platón se planteaba de forma negativa, pesimista, es de ardua y difícil respuesta, que pueden ser miles o millones, tantas como lectores haya y haya habido en el mundo –y habrá- desde que nació la palabra escrita. Este libro –fait accompli- existe como secuela de un proceso complejo, de admiración y rechazo, más por el hecho concreto de haber yo coincidido con Milocz Georgades en una sala de billares en París.

Este notable acontecimiento, para mí, tuvo lugar en una fecha difusa de entre marzo y mayo de 1987. Georgades y yo entablamos varias partidas, de resultado parejo, antes de conocernos por nuestros nombres, primero los de pila, que a los dos nos sonaron extraños, a él un nombre español, a mí uno que me sonaba a polaco o checo. Cuando nos dijimos nuestros mutuos apellidos, a él el mío nada le dijo, pero a mí el suyo me dijo mucho. Sabía que Georgades era un prestigioso escritor francés, aunque nacido en otra parte que yo no recordaba o nunca había sabido. A mí, la literatura francesa en general me interesa poco, salvo por seis o siete nombres; y la literatura francesa posterior a Proust no me interesa nada. De los únicos libros franceses modernos que disfruté, uno fue el de las memorias del general de Gaulle, **Au fil de l'épée**. Admiro mucho a Churchill, no ya como el político que nos salvó de los nazis, sino, sobre todo, en tanto que escritor. Considero que el Nobel que le concedieron es uno de los más justificados de la historia de este premio. De Gaulle es un escritor por lo menos de la altura de Churchill, que, para su desgracia, maneja una herramienta de inferior calidad al inglés: el estrecho y discursivo francés que se inventaron Boileau y sus cómplices allá por el siglo XVII. Que con este material, hasta cierto punto blando y encorsetado a la vez, algunas personas hayan producido libros maravillosos, libros insoslayables, tanto en verso como en prosa, es, para mí, la señal más clara e indiscutible de que Francia siempre ha sido la cabeza rectora de Europa, por lo menos desde que Europa toma conciencia de sí misma, allá por los tenebrosos siglos VI-II y IX, cuando Carlomagno trata de revivir el espíritu imperial romano. La gran obra de Carlomagno y los carolingios, su único legado vigente hoy todavía es la **Chanson de Roland**, la madre imperecedera no sólo de la langue d'oeil, sino de todas las lenguas romances en que se disgregó el añorado latín. Georgades, un búlgaro, o un válaco, como él se hace llamar, ¿hubiera podido escribir en castellano, en italiano, en portugués, en catalán? ¿O en inglés? Lo dudo. Francia y, por ende, su idioma, son Europa, hicieron Europa. Napoleón, si bien corso, sólo po-

día apoderarse de Europa a partir de París y del idioma francés, que, a pesar de su irrisoria laboriosidad, o acaso por ésta misma, posee un encanto propio, que es el de lo fútil, el de los discursos, el patriotismo o chauvinismo, las arengas, la frivolidad. La revolución que sacudió al mundo, la única revolución de la historia que sacudió al mundo entero, fue la revolución francesa, cuyas ondas, como las de si la luna hubiese caído al océano, alcanzaron todas las costas, hicieron a Bolívar en América del Sur y terminaron de consolidar a Jefferson en la del Norte; esto es, Bolívar y Jefferson, los dos más grandes nativos americanos de todos los tiempos, en el orden en el que los he citado. Los dos hablaban francés y escribían en francés. ¿Por frivolidad? Los dos eran grandes enemigos de este concepto tan manido y tan mal entendido. Frívolo es una palabra de origen nórdico, que se desparramó a todos los modernos idiomas europeos a partir del alto alemán, que es la lengua que hablaban los vikings. En alto alemán, *freyg vollur* significa libre albedrío, o, de modo preciso, “libertad de hacer”.

La revolución de las trece colonias fue una revuelta casera, cosa de tenderos y traficantes de negros; ha entrado y sale y se acabó.

Georgades, del que yo no había leído ni una línea cuando el azar nos condujo a encontrarnos y conocernos, y del que he leído todo lo que ha escrito a partir de entonces, añadió al francés un peculiar acento bárbaro, heredero de aquellos Vlades válacos, Vlad Dracul y Vlad Tepes, o sea Vlad el Diablo y Vlad el Empalador, bajo cuyo patrocinio (el del último) se erigieron en Bucarest casi cuatrocientas iglesias; es la ciudad con más iglesias del mundo, y todo derivado de un genio del mal, que disfrutaba empalando villas enteras, ejércitos enteros; se dice que en una sola jornada hizo empalar a veinte mil prisioneros, entre los que figuraban mujeres, niños y viejos. Dracul y, sobre todo, Tepes, inspiraron a Bram Stoker para escribir su *Drácula*, un libro mediocre que, empero, ha engendrado, gracias, en su caso, al cine, a uno de los dos únicos mitos que produjo la decrépita era moderna. El otro es Sherlock Holmes, engendro genial de otro escritor mediocre.

Georgades le trajo al francés, envuelto en las sedas decadentes de un estilo delicado y sutil, punto menos que inconsútil, como la túnica de Cristo, ese rumor de barbarie, ese negro misterio que son los Cárpatos para los occidentales. Todos sus libros, desde los más claros hasta los más alambicados y oscuros, tienen como fondo ese rugido de fiera, el aliento del león, del tigre siberiano, del murciélago gigante.

Geogades introdujo en el francés el vibrante acento bárbaro de un pueblo medieval hoy día ya inexistente, mezclado, hibridado y abolido por pueblos más jóvenes, como los búlgaros, y más sabios, como los rumanos. Valaquia y su gemela Transilvania son entelequias, acaso leyendas, pero en este caso leyendas convertidas en mito, que Georgades reinventó y reinterpretó para insertarlas en la mitad pacífica e hipócrita del odioso y sanguinario siglo XX occidental. No reintrodujo las leyendas en sí, o el mito, sino el acento de aquellas leyendas y de aquel mi-

to; un acento que ya empieza a renovar o revitalizar a la lánguida prosa francesa. Muerta Colette, muerto St Exupéry, muertos las tres magníficas espadas de tinta nazis, es decir Brasillach, fusilado por colaboracionista, Drieu la Rochelle, suicida, y el más mediocre Céline, al que Malraux le salvó la vida; huérfana de violencia y vida, pues, la literatura francesa, y muy en concreto la narrativa, cayó en manos de los exhibicionistas del nouveau roman, como Robbe Grillet, Simon, etc, y de los existencialistas, como Camus y Sartre; ambas escuelas producían, sobre todo, hastío; los lectores franceses (el pueblo más literario del planeta) se acostumbraron a aburrirse con su propia literatura. La obra de Georgades es como un pellizco en el entresueño que cayó hace medio siglo sobre Francia y sus literatos y lectores. Sus libros –los de Georgades, entiéndase-, aunque envueltos en los buenos modales franceses, son brutales, válacos, descendientes de Vlad Dracul y de Vlad Tepes. Son vida vivida, que es la sustancia de que están hechos los sueños, y también la literatura.

Fue a través de Georgades que conocí, por carta, a Sterling y a Bemler, que gentilmente me autorizaron, ambos, a traducir, cada uno, un cuento suyo, con miras a una posible publicación. Los cuentos no los elegí yo; lo hicieron ellos. También Georgades eligió su cuento para que yo lo tradujera, y me impuso una condición, que añadiera a los tres cuentos traducidos un cuarto de mi cosecha. Mi cuento se había publicado, en *El cachalote con periscopio*, año 1, n° 2, abril de 1984, San Juan de Puerto Rico. De allí lo rescaté; le hice unos pocos cambios, insignificantes. Georgades lo leyó, me propuso un par de cambios más, que acepté, y así quedó.

Ni a Sterling, muerto en 1991, ni a Bemler, los he tratado personalmente, aunque con el último nos carteamos un tiempo; después la correspondencia languideció y al final cesó.

Gonzalo Meirelles,

París, 1996, marzo, 11, martes.

EPÍLOGO

Los relatos traducidos son, según su orden cronológico y de exposición, La exigua paga, La vuelta y El cocodrilo albino. El cuento original es el que cierra la lista: Diario de campaña del escribiente Merchán.

LOS AUTORES

1) *La exigua paga*

Jonah Sterling (1904/1991), escritor inglés, uno de los más destacados novelistas isleños del siglo XX, firmante de novelas tan eminentes como The childhood of Jack the Ripper (La infancia de Jack el Destripador), editada en 1953, Genghis Khan at the gates of Peking (GK a las puertas de Pekín), de 1961, The double murder at Baker Street (El doble asesinato de la calle Baker) y (Sunrise in Norrköping (Amanecer en Norrköping), publicada en 1973. A estos títulos valga sumar Matsukuo and the liberal crafts (Matsukuo y las artes liberales), de 1971 (para muchos su obra maestra), Briefings for the presidential desk, (Reseñas para la mesa del presidente), 1978, su libro más exitoso, con más de dos millones de ejemplares vendidos y traducido a más de veinte idiomas, y un largo etcétera. Publicó en total una veintena de novelas, otras tantas novelas cortas, tres colecciones de relatos breves y varias colecciones de ensayos; jamás buriló un verso, a no ser que se considere como a tales los párrafos de 2 a 5 líneas, a la manera de Sandburg, que configuran su celebrado poema cíclico Heaven knows whom (Dios sabe quién), publicado en pleno fragor bélico, 1942, como contribución lírico/épica de un escritor al esfuerzo guerrero del viejo león inglés. Adscrito desde joven al batallador Sindicato de Artes Gráficas, ya que su primer contacto con las letras fue en calidad de tipógrafo, adscripción que jamás declinó, sin dejar de pagar nunca su cuota de afiliado de pleno derecho, Jonah Sterling, hijo de un chamarilero de incierta sangre hebrea y de una judía sefaradí nacida en Londres y de padres y abuelos londinenses aunque apellidada Corasson, proteica malformación del original hispánico Corazón, heart en inglés, se crió y educó en la Gran Guerra y en la inmediata posguerra. Fue tipógrafo, como ya se ha dicho, marinero (navegante, según su terminología), minero en Oklahoma y pastor no conformista en Cork y en Dublín, entre cerriles y hostiles católicos; fue marido, padre, pastor divorciado y a continuación ateo militante, reclutado para las oficinas de Ci-

frado y Descifrado del Foreign Office al comienzo de la segunda guerra mundial, oficinas secretas ubicadas en algún rincón de Whitehall, desde el que se oía la ardua batalla aérea de 1940. Allí JS terminó, tardía pero firmemente, de hacerse hombre y encontró su largo y brillante destino literario entre las cínicas admoniciones del elegante Ian Fleming y las bur-las y frases de doble sentido del siempre despeinado y pecoso Dylan Thomas, que no se reca-taba de su todavía reciente militancia fascista en Cardiff y Swansea, de la que lo había co-rregido su tío el almirante Baldwin Rupert Thomas, CBE, DSC, MDE, FCC, etc., mediante el recurso de retorcerle la oreja y asenderearle a bastonazos los lomos, “maldito piojo ga-lés”, según lo apostrofaba, como si él hubiera nacido en Dinamarca. DT exhibía su foto de dandy fachista, con sombrero, cadena de reloj dorada y pendular, capa corta negra, la co-rrera acerada de un perro que jamás había tenido y dos tersos hoyuelos en su sonriente, re-donda y engominada cara infantil.

Aunque Sterling era el mayor, Fleming era el más vivido de los tres, un dandy au-téntico, que llevaba a los otros dos a locales (malos) de Chelsea y del Embankment, donde las afiligranadas coristas y mariposas nocturnas se gruñían unas a otras y se desmoronaban a fuerza de uñas el esmerado lacado para sentarse en las rodillas del misterioso caballero de amplias solapas y pantalón a tiralíneas, que les leía, a las chicas, al igual que a sus dos me-nos llamativos acompañantes, diferentes relatos manuscritos, que, según juraba su autor, ja-más verían la luz. El immaculado y repetitivo protagonista de aquellas páginas manuscritas era un agente británico de apellido Bond, que inevitablemente se parachutaba tras las líneas alemanas, era perseguido, caía en manos de la Gestapo y se escapaba, bien por mor de la so-licidad de una maquí enamorada, bien por su propia y peculiar astucia, bien por la pasión desenfrenada de una oficiala de las SS, bien por la congénita estupidez de los arios nazis. ‘Escribo como simple y puro entretenimiento, sin pretensiones, ni literarias ni de ningún otro tipo, ni económicas ni de fama’, solía decir Fleming. ‘Todo en mí se rebela contra la la-bor profesional; un escritor profesional sería tan venial y stupidizante como un pastor o un cura profesionales, como un premier profesional, como un monarca profesional, como un Dios, si existiera, profesional’.

Thomas, en cambio, ya se consideraba un profesional; tanto, que inclusive encontró quien le publicara, en 1942, un librito de chocantes poemas, titulado: All these shots!, del que Sterling conservó, hasta el final de su vida, un ejemplar con una memorable dedicato-ria: “From us who will win wars, endlessly, to thou who will leave them lost, hopelessly, dear Jonah”. Un cuarto miembro del grupo, menos asiduo a las francachelas, era un tal Sir Les-ter Kelso, baronet por tradición familiar, no por el embrutecedor y habitual meritoriaje, se-gún afirmaba él mismo. ‘Tan fino, tan elegante, también un poco amanerado’, recordaría Sterling. ‘Resultó ser un espía, que terminó primero condecorado en Berlín por manos ale-

manas y poco tiempo después colgado de una cuerda por manos británicas. Le recuerdo, pese a todo, con simpatía y cordialidad y lo acogería encantado a mi parca mesa si Dios, ese inexistente farsante, me lo resucitara’.

*Sterling escribió “La exigua paga” en 1977, y el relato, publicado primero en la fugaz revista Against, se incluyó en un volumen llamado *Dim light area*, que salió a la venta en 1987. El volumen incluye cuatro relatos, el que le da nombre, “The thin payment”, título original de “La exigua paga” y otros dos, titulados “Inside the amber” y “Adios”, en español en el original, incluyendo la ausencia de la tilde. A pesar de sus indudables méritos, este volumen, producto de un escritor ya cansado, quizá, pero dueño, todavía, de sus grandes cualidades literarias, que no hay que buscar en su retorcido estilo sino en la fuerza de sus imágenes y en la creación de ambientes y personajes, nunca se tradujo a nuestro idioma y pasó inadvertido en el suyo propio, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos; la gente ya se empezaba a olvidar de este gran escritor, acaso un poco prolífico de más, generosidad que suele devolverse con rápidos olvidos; del suyo, de su nicho propio dentro del gran cementerio de la desmemoriada humanidad, lo rescataron Christopher R. Bembler, Joyce Thruette, Hamilton StJohn y otros narradores y poetas nacidos en los años 40 y primeros 50.*

2) El cocodrilo albino

Miclosz Georgades, válaco, nació en 1931 en la ciudad hoy búlgara de Zest, muy cercana a la frontera con Rumania y que formó parte del reino desaparecido de Valaquia. Georgades, por tal razón, siempre se ha considerado válaco, e inclusive aprendió, laboriosa y no del todo felizmente, aquel idioma que hoy ya no se habla, híbrido como lo es del latín y el protobúlgaro. En 1955 consiguió salir de Bulgaria del modo más cómodo y sencillo, como asistente del coreógrafo de una compañía de danzas; de utillero, en palabras claras. Llegado a París el grupo, amplio, del que formaban parte tres miembros (búlgaros) del KGB, dos notorios, que viajaban como agentes de protección, en realidad de vigilancia, y un tercero camuflado dentro del conjunto artístico, al que Georgades había identificado tiempo atrás, nuestro autor se fugó limpiamente, al bajar por la noche por una escalera de servicio del hotel donde se alojaban, escalera que, había comprobado, no estaba bajo vigilancia, y que de hecho él descubrió por azar, ya que daba a las cocinas y se intrincaba y trepaba del lado interior de unas grandes puertas cristaleras que la separaban del sector de las habitaciones, las suites, los ascensores y las salas de reunión que había en las plantas pares; la escalera daba a un estrecho y oscuro pasillo que daba a una puerta de latón que daba a un callejón. El encargado nocturno del hotel lo vio aparecer y le señaló la puerta, al final del pasillo y detrás de un muro transversal de barricadas, puerta que daba al estrecho callejón, con altas

*paredes en ambos flancos, sin ventanas las de en frente y con diminutos ventanucos de vidrio granulado las del hotel. El callejón hedía y había gatos que maullaban y escarbaban en la basura, imagen que aparece repetidamente a lo largo de la obra édita del artista válaco. En 1961, de su magro bolsillo, Georgades se pagó una edición de 250 ejemplares de la novela *Buld stiltzÿ nova*, o *Vetusta ciudad nueva*, escrita en un válaco pordiosero que pide auxilios permanentes tanto al búlgaro como al rumano e inclusive al francés; aún así, el libro es ininteligible, inclusive para quienes dominen el válaco, y me temo que también (o sobre todo) para su atolondrado autor. El medievalista francés Ambrose Lapiebie leyó la novela, mucho después de que Georgades la publicara, y le confesó al autor que, a pesar de su buen dominio del válaco y del transilvano, idiomas hermanos, como el servio y el croata, o el checo y el eslovaco, no había entendido nada. La primera verdadera novela de Georgades, escrita y publicada en francés, en 1965, se titula, precisamente, *Cuando maúllan los gatos*, y es una divertida parodia de su fuga de Bulgaria, que él engloba dentro de una excesiva Unión Soviética. Yo no soy anticomunista, de 1966, es otra sátira que presenta a altos burócratas soviéticos, y a otros medianos y más chicos, como seres angelicales y candorosos; el KGB, en esta novela, es una asociación recreativa, que saca niños de camping y organiza grandes algaradas de borrachines en ríos, lagos y termas. Su tercer libro, de 1968, se llama *Música y baile en Valaquia*, y no es una novela sino una especie de estudio psicológico del pueblo válaco, según la imaginación del autor. También en 1968 publicó *Paseos por Georgia*, otra feroz sátira antisoviética. En Georgia, conviene recordarlo, nacieron Stalin y el sonriente Felics Dzserzhinski, el temible e implacable fundador de la Cheka, antecedente del KGB. Georgades no se los olvida en su librito, en el que señala que aquel georgiano que no baile ni cante ni toque algún instrumento musical, tiene, invariablemente, el corazón reseco como un orejón sin almíbar.*

Prácticamente todos los violadores de niños y/o niñas y/o mujeres no bailan ni cantan ni son afines de forma alguna a la música, como tampoco lo eran el Gran Felics, como se conocía oficialmente a Dzserzhinski, ni Iosipz Dzughadvilli, nombre real de Stalin. Stalin reintegró Georgia a la URSS, después de que Lenin le hubiera concedido la independencia. El Gran Felics, por su lado, se ensañó de manera particular y específicamente ruin (y rutinaria) con su país natal, y fue el promotor crucial de una intensa y violenta campaña de rusificación, que, entre otras cosas, intentó prohibir las bellísimas y diversas canciones populares pastoriles que bailaban las diferentes etnias que se acumulan en la pequeña Georgia, a la que el autor califica de ser “la tierra más feliz de la Tierra”, aunque, por supuesto, jamás la pisó. Otra característica de este extraño y acaso genial escritor, es el deleite que extrae situando la acción de sus relatos en lugares que desconoce por completo. Sigue, en esto, el útil consejo de aquel escritor uruguayo, Felisberto Hernández, al que cita más de una vez

en sus libros: ‘Un escritor no tiene que escribir sobre lo que conoce, sino sobre todo sobre lo que no conoce’. Estos primeros libros, a pesar de su interés intrínseco, pasaron inadvertidos, no sólo en París y en el resto de Francia, sino en el mundo entero, incluyendo a Bulgaria y la URSS, donde, por supuesto, estaban prohibidos.

A lo largo de los ya diez años que llevaba vividos en Francia al publicar su primer libro, MG había desempeñado los más diversos oficios, desde limpiar y aceitar las cuatrocientas catorce máquinas de escribir que se alineaban en seis filas de sesenta y nueve máquinas cada una y que colmaban una especie de pequeño hangar, en pleno corazón de París, cerca de La Bagatelle. Lo hacía todos los días, de lunes a sábados, entre las cinco y las ocho y media de la mañana; el personal entraba a las nueve; nunca vio a ninguno de ellos, ni varón ni mujer. Se trataba de una firma de copiación o copiamiento de documentos de toda clase, y las máquinas eran utilizadas a fondo; también MG debía reemplazar las cintas gastadas, lo mismo que cintas no gastadas por otras diferentes, para lo cual los usuarios le dejaban una nota junto a la máquina. Las cintas eran todas de dos colores, o rojo y negro o verde y negro, o azul y negro o azul y rojo o azul y verde o, inclusive, verde y rojo, aunque las de esta variante sólo se empleaban en tres o cuatro máquinas. MG ponía todo su empeño en hacer bien aquel trabajo, aunque la paga era ínfima: doce francos a la semana.

Por las noches limpiaba paredes en el Pris-Unic, esto de lunes a viernes y con una paga de veinte francos, pero a seis horas de trabajo por noche, de nueve a tres de la madrugada. Se alimentaba con bocadillos de fritanga en Les Halles, y vivía en Les Halles, entre barricas y cartonaje descartados, con mendigos, vagabundos y ladronzuelos; también viejas prostitutas varicosas y deformes; una vez una tuerta le hizo una felación, sin que él se lo pidiera, y le reclamó al terminar diez francos, que él se negó a pagarle, por lo cual apareció el maquereau de la mujer, un individuo bajo y rechoncho que quiso amenazar a MG con una navaja. MG era entonces un muchacho alto, fuerte y ágil. Le arrancó la navaja al sujeto y se la guardó, ya que le venía bien para afeitarse y para pelar frutas, así como de arma defensiva, por si las moscas.

Un día, corría 1966, se puso a trabajar también por las tardes, en la carga y descarga de bolsas y cajas de frutas y vegetales, así como de tubérculos. Pommes de Terre, publicada en 1987, da cuenta de aquellas lejanas experiencias.

Sus tres primeros libros se publicaron en una editorial marginal de tinte anarquista, para la cual era tan lícito burlarse de la URSS como atacar a Estados Unidos. La dirigía una mujer que formaba en la alta burguesía, dueña inclusive de títulos nobiliarios que jamás usaba, entre otros el de marquesa nada menos que de Pompadour. Era una mujer menuda, algo tímida, de ojos bonitos y físico magro. El rudo aunque atractivo válaco terminó, fatalmente, por convertirse en su amante y por aceptar un empleo con un sueldo, magro pe-

ro digno, dentro de la editorial, donde su trabajo era difuso: asesoraba, emitía opiniones escritas sobre manuscritos que llegaban, con la pretensión de que se publicaran, lo que lo llevaba a mantener difíciles discusiones con jóvenes o maduros escritores enfurecidos, y a platicar amablemente con autores complacidos; también pasaba dos o tres tardes a la semana con la propietaria. Ella, Belline de Renaudot, tenía alrededor de 40 años, estaba casada con un alto burócrata del ministerio de Asuntos Exteriores, de apellido Lafaraut, tenía dos hijos y era desdichada. Post coitum hablaban de literatura, en el meublé; ella le decía a MG que su francés, el de él, era demasiado prolijo, demasiado pulido, fruto en buena medida de la mala influencia del diccionario, o de los, en vasto plural, ya que MG se había leído varios enteros, de la A a la Z, inclusive uno que encontró en el último cajón del fondo de una librería de viejo que era de francés-transilvano y viceversa, el único que existía en aquella fecha y probablemente el único que existió jamás..

¿Transilvano? El idioma del diccionario era en realidad el goy, el que hablaban los goy, los madján y otro par de etnias que habitaban dispersos en caseríos tanto en Transilvania como en la propia Valaquia. Los goy eran originarios del Kazajstán, donde también los había. Aquel idioma no era el válaco de MG, y tampoco el transilvano, idioma espejo del válaco. No era el que los lingüistas occidentales llamaban, mayoritariamente, doly, que en Valaquia se llamó válaco y en Transilvania transilvano. Éste era el idioma que se hablaba en la región de Tovar, de donde procedía la real familia de los Dracul, dinastía que perduró más de dos siglos, entre el XIII y el XV, primero en Valaquia, después en Transilvania y que llegó a tener, bajo el reinado de Vlad Tepes, a la propia Bucarest por capital.

Los Cárpatos de Bulgaria, es decir la Valaquia búlgara, con sus frías neblinas, sus repentinos picachos, sus súbitas hondonadas teñidas de bruma que el sol quema lentamente, sus tenebrosas ciénagas, sus fértiles valles, sus ríos y arroyos inmóviles y mudos como muertos, fue donde Georgades pasó la mayor parte de su vida hasta su traslado a Sofía, en 1953, donde consiguió introducirse en el conjunto de danzas Kőorpicque, primero de barrendero y después como utillero, bajo órdenes directas del coreógrafo de turno; después se fugó, se nacionalizó francés, se casó con una bellísima francesa de origen lituano, Nedesha Romanidis, que le dio una hija más bella todavía, Nedelja Georgades. En Francia se hizo famoso y ganó dinero. Hoy es dueño de una amplia y moderna casa en París, en el séptimo arrondissement, y de una segunda casa en Nîmes, donde pasa los veranos.

En la playa con Picasso es un librito escrito a vuelapluma, en el que Georgades conversa naturalmente con Picasso vivo, por las noches, y con su fantasma, por el día. Publicado en 1996, se hizo acreedor, para asombro de su autor, del Prix Stendhal, que promueve la Académie francesa y que estaba dotado con tres millones de francos.

Volviendo al vetusto y polvoriento diccionario comprado en la librería de viejo, un libro editado en 1929 por el erudito en lenguas cárpatas Jean Jules Narcellard des Étemples, le sirvió de mucho a MG, ya que éste conocía bastante bien el goy, que era el idioma lírico por excelencia de Bulgaria y el que más habían combatido los agentes rusificadores enviados por el Kremlin.

Alentado por Belline, MG, aún soltero, escribió laboriosamente una cuarta novela que se desarrolla en París; la novela, titulada finalmente Basta de infinitos, aunque influida, a través de Belline, por Sartre, Camús y el existencialismo en general, es original y bella, y en ella el escritor principia a encontrar su verdadera voz. La novela no se publica en la pequeña colección Torche Bleu, la que poseía Belline de Renaudot, sino, merced a gestiones de ella, en la prestigiosa editorial Rèveille, en su colección Écrivains d'aujourd'hui. El libro se vende bien. Sale a la venta en abril de 1968 y, a pesar de que, en mayo, París, y Francia entera, tiemblan y bailan, copulan y ensucian paredes con la guerrilla urbana que lideran Cohn Bendit y otros, la novela de MG se abre camino, y al final de aquel año convulso ha vendido la no despreciable cifra de 8.782 ejemplares en la edición de tapa dura, que se reimprime tres veces, con tiradas de 3.000, y 23.614 en la edición en rústica, que sale a la venta en junio y que se reimprime cinco veces, con tiradas de 5.000. El autor percibe cerca de 5.000 francos por la edición de tapa dura y más de ocho mil por la edición en rústica. En 1969 las ventas decrecen algo, no mucho, y en 1970 se hace una nueva edición, no reimpresión, como libro de bolsillo, que vende en seis meses más 40.000 ejemplares.

Esto último no tendría explicación de no ser por la aparición, en abril de este último año, de Los colgados, cabe que, al menos para muchos, la obra cumbre de Georgades, novela que se abre con los famosos versos de Villon, "Saura mon col que mon cul poise". Los colgados es una tremebunda sátira, o tragicomedia, del Juicio de Nuremberg, y la portada es una obra maestra, como portadista, de Nicol Friedman, un viejo judío francés, pintor de cierto renombre, que había sido deportado a Dachau a los 23 años, en 1941, y había sobrevivido, no así sus padres y sus dos hermanos, uno de ellos hembra, que habían acabado en cámaras de gas y crematorios. En la portada se ven caras difusas, en parte transparentes; son las caras de Göring, Hess, Goebbels, Speer, Ribbentrop, el bestial Kaltenbruner, el refinado y sádico Reynhard Heydrich, Stracher y Streicher, etc; falta curiosamente Hitler.

De entonces hasta hoy, la carrera literaria de Georgades se ha solidificado con una docena de novelas, cuyos títulos sería obviada citar (todas han sido traducidas al español) y cuatro volúmenes de relatos, amén de dos colecciones de poemas. Georgades es, hoy por hoy, uno de los tres o cuatro escritores más notables de Occidente; es un gran admirador del peruano Vargas Llosa, dato a tener en consideración.

3) La vuelta

Christopher R. Bembler, narrador americano nacido en 1944, escribió “La vuelta” en 1997, para la revista bostoniana Minuteman, de larga tradición liberal, de la que el autor había sido, veinte años antes, redactor y jefe de redacción. El cuento, por ignoradas razones, nunca fue recogido en volumen y, por lo tanto, tampoco traducido a idioma ninguno, pese a la merecida celebridad que le dio a su autor la publicación de la Tetralogía de Liliput, publicada entre 1999 y 2002, cuyos cuatro densos volúmenes, Charlas de sobremesa, Niñas enamoradas, El Sargento Mayor y Tinieblas, configuran, quizá, el cuadro más grotesco, frívolo y tenebroso, o sea, el más minucioso y completo, de los años postreros a la derrota y fuga de Vietnam. La Liliput del título es la infrahumana sociedad bostoniana y neoyorquina, así como la gran trituradora de vidas y almas que es Washington; los Estados Unidos, en suma. De una carta resumada de la memoria imaginaria de Dexter V. Vexter, el antropólogo vegetariano, se lee una frase, ‘I’m off, at last, with Lilliput, that tiny vicious people’. La firma Deacon Swift y va dirigida a “my improbable grand grand grand grand sons”, uno de los cuales es el odioso Vexter. No hay otra mención a la ciudad del título en todos los cuatro libros. Antes de publicar esta obra de envergadura sobrehumana, Christopher R Bembler se había caracterizado por sus breves y esquemáticas novelas (Punch & Judy, Seamen on shore, The political fitness, Men Vs Women, Wolves, Patches of Italy, Life of Pound, Man running, etc.) y sus enrevesados relatos, de los que “The coming back” (La vuelta) es un buen ejemplo. Desde su tetralogía, causa directa del Nobel que le concedieron en 2004, Bembler no ha vuelto a emitir ni una línea de literatura, aunque sí ha pontificado su fervor por la frivolidad, que él identifica con free will (libre albedrío), desde diversos voceros y sobre todo a través de la televisión, medio que domina con una soltura que envidian los más curtidos profesionales del mismo. Hoy día protagoniza un programa semanal, Soliloquios ambulantes, en el que se pasea entre cables, escenografías de cartón piedra, muñecos de goma espuma y títeres electrónicos, sin parar de hablar a lo largo de una hora. Se dice que le pagan un millón líquido al mes y él mismo ha declarado que “Por fin he encontrado mi voz”, en referencia a la televisión, a la que siempre había driblado hasta que el espaldarazo sueco lo volvió parlanchín.

Su procedencia, de una aristocrática y opulenta familia bostoniana, de gentes liberales, amantes de las artes, las letras y la ciencia, gravitó contra Bembler, al que los literatos e intelectuales tenían en poco; lo tenían en menos, de hecho, que al menor de los escritores menores, y lo consideraban un mero aficionado, cuando no un intruso; esto hasta la tremenda publicación de la Tetralogía, que hubo quienes compararon con la inconclusa obra

mayor de Proust, no por ninguna afinidad intrínseca sino por lo poblado y detallado de un mundo que corre parejas con el mundo de la cotidianeidad.

No es, en opinión del traductor, el mejor de los tres autores traducidos, mérito o demérito que, en su opinión (mi opinión) recae en Georgades; tampoco el más prestigioso, que lo es el rescatado Sterling. Es, eso sí, el más complejo, el de miras más ambiciosas, al menos mientras escribía, y el autor del libro más impresionante –me refiero a su feroz, cínica y frívola tetralogía.

DEL TRADUCTOR

De mi amigo Gonzalo Meirelles (1939/2006) ya lo he dicho todo en la introducción a este libro. Meirelles es el único responsable de las tres traducciones que se incorporan a este libro. Es autor, también, del único relato escrito originariamente en español: Diario de campaña del escribiente Merchán, publicado en El cachalote con periscopio, año 1, nº 2, abril de 1994, San Juan de Puerto Rico.

ADENDA o NOTA BENE

El peculiar libro de Gonzalo Meirelles fue rechazado por diversas editoriales españolas y por todos los agentes literarios con los que entró en contacto a propósito del mismo. Creo que esto se debe, esta unanimidad negativa, a un rasgo que distingue a los españoles de todos los demás pueblos del mundo. Los españoles, que jamás oyen a quienes les hablan, tampoco entienden las bromas educadas ni los chistes, a no ser que sean de sal gruesa. Consideran una broma muy divertida tirar a una cabra desde lo alto de un campanario, como consideran un arte el asesinato de indefensos toros. Era, por ende, imposible que entendieran este libro; que Meirelles se hubiera inventado tres célebres escritores, uno de ellos galardonado con el Nobel, para más inri, como diría un castizo madrileño, les parecía o una impertinencia gratuita o una estúpida diablura. El libro por tanto, se publicará donde oscuramente se generó: en Uruguay, tierra natal de Meirelles.

Los cuatro cuentos están llenos de deliberados errores, así como de improbabilidades incontables. Son no obstante, en opinión de quienes los leyeron, altamente verosímiles, y, como dijo nada menos que Ben Jonson, ‘cuando uno escribe, sólo importa que el resultado sea verosímil’. Se refería al teatro, pero lo mismo vale, digo yo, para la narrativa, que es, en más de mil formas, hija de la tragedia escénica.

AC, editor

Comprar el libro

[Comprar el libro en Amazon](#)

Para más información, o descubrir otros libros inéditos de Álvaro, visiten

[alvarocastillo.net](#)